

Ultimo Refugio de las Esencias Centralistas

La Soledad del Palacio

- ★ Presidencia, Excepción a la Crisis del Sistema
- ★ Necesario Evitar que Funcione en el Vacío Social
- ★ Política Dura, Pero Eficaz, Para Ganar Tiempo

LORENZO MEYER

El antiguo sistema político posrevolucionario mexicano se está desmantelando, pero su centro, la poderosa presidencia parece inmune al cambio. Esa institución se asemeja cada vez más a una ciudadela —a la vez asediada y amenazante— que es el último refugio de las esencias autoritarias y centralistas surgidas y arraigadas en un pasado de monopolio político que ya no existe ni puede ser recreado so pena de sufrir una involución política.

Desde hace mucho se ha hablado de nuestros presidentes como "los solitarios de Palacio". Se supone que de manera inevitable, y dado su gran poder, el jefe supremo de la gran maquinaria política surgida a la sombra de la Revolución, vive y actúa rodeado de un gran séquito pero en una inevitable y penosa soledad individual. Y es en esa soledad donde toma las grandes decisiones que afectan lo mismo la vida de personas específicas que la de millones de seres.

Esa supuesta soledad del Presidente como individuo puede o no ser cierta, un mito, pero en todo caso su importancia como factor explicativo del fenómeno político mexicano es secundaria. Lo verdaderamente

L A S O L E D A D

Sigue de la primera plana

importante no es "el solitario de Palacio" sino la soledad del Palacio; el aislamiento social de la presidencia.

En el sexenio pasado, el declinamiento de la estructura autoritaria de poder que se había consolidado en México desde la posguerra hasta principios de este decenio, pareció afectar a todos los componentes del sistema: al aparato burocrático gubernamental, al partido del Estado, a las organizaciones corporativas que sustentan a ese partido, y finalmente, a la presidencia misma. Sin embargo, a partir del pasado cambio sexenal —cambio que se dio en una situación de crisis de legitimidad—, la presidencia pareció desprenderse del resto de las estructuras en decadencia para buscar la salvación institucional individual incluso a costa de los intereses y viabilidad de grupos y estructuras que hasta ese momento se consideraban parte integral del poder presidencial, como son los grandes sindicatos o el propio PRI.

La última muestra espectacular del poder presidencial puro y ejercido a costa del de otras estructuras de poder, es también un buen ejemplo de esta aparente revitalización de la institución presidencial, me refiero a la destitución de Mario Ramón Beteta como gobernador del estado de México. Se trató de una acción que en ningún momen-

to pretendió ocultar su inspiración presidencial pese a no tener nada de moderna y ser del más acabado corte antiguo.

En efecto, el presidente por sí mismo y por razones que se guardó para sí, decidió el cuándo del cambio de gobernador —pasados los dos primeros años de gobierno, para que no hubiera necesidad de nuevas elecciones—, decidió el cómo —pidiéndole al gobernador que por voluntad propia solicitara licencia para abandonar definitivamente un puesto de supuesta elección popular—, decidió el por qué —una invitación presidencial ("alta distinción" dijo el afectado) para ser asesor especial de la Presidencia y director de un banco estatal— y fue también el presidente quien tomó la decisión sobre quién habría de gobernar por los próximos cuatro años a los mexicanos —otro funcionario federal— sin darle oportunidad a éstos de opinar al respecto. Finalmente y desde luego, fue la voluntad presidencial la que se impuso sin dificultad sobre la mayoría del Congreso local —mayoría de 34 priistas contra 11 opositoristas— para que ésta aceptara de la humillante manera tradicional la suprema voluntad presidencial.

★

Todo este triste proceso de cambio de gobernador y de su equipo de colaboradores en el vecino estado de México lleva a la con-

clusión de que, en la realidad, el poder presidencial se impuso de manera rápida y efectiva sobre las fuerzas locales —incluidas las opositoras— de manera tan apabullante como lo había hecho antes de que el sistema político entrara en crisis. De hecho el golpe en el estado contiguo a la capital transformó a la gubernatura de esa entidad en una mera regencia encargada de administrarla de acuerdo con la voluntad presidencial y al margen de la ciudadanía.

Visto de manera superficial, la remoción por orden presidencial del gobernador del Estado de México, la caída y prisión de "La Quina", y todas las demás acciones que tuvieron lugar en el interín y que han hecho que la acción presidencial haya obligado a morder el polvo de la derrota a personajes e intereses que hasta hace poco se consideraban muy importantes, pueden llevar al observador a concluir que la presidencia es la excepción a la crisis general de nuestro sistema político. En efecto, mientras muchas de las fuerzas e intereses creados en el pasado anterior a la modernidad caen, la presidencia está en una segunda floración, sorteando, sin dificultad la tormenta y fortaleciéndose en el proceso.

A quien así analizara el proceso conviene sugerirle una visión alternativa que logre diferenciar entre la

realidad superficial y la profunda. Aunque capaz de imponerse sobre los gobernadores, sobre los caciques sindicales, los jefes del narcotráfico o sobre empresarios individuales, resulta que el poder presidencial actual, a diferencia del pasado, no tiene ya el basamento político y social que tuvo, para bien y para mal, en la época de Cárdenas, de Alemán o incluso de López Portillo. Y si el presidencialismo del pasado fue, a la larga, negativo para el desarrollo saludable del proceso político mexicano, un presidencialismo sin base social amplia como el que hoy está surgiendo, puede ser peor.

En el vigor del presidencialismo que hoy resurge del aletargamiento en que lo dejó Miguel de la Madrid, hay un elemento inquietante y que a falta de mejor término, podemos denominar provisionalmente como vampirismo político. En efecto, para devolver a la presidencia la vitalidad que había perdido en el pasado inmediato como resultado de la gran depresión económica que se inició en 1982 y del desastre electoral de 1988, esa institución está teniendo que succionar los elementos vitales de otras que le son cercanas. En efecto, el resurgimiento del poder presidencial se está consiguiendo en gran parte a costa de la aceleración de la decadencia del poder de las instituciones corporativas que desde la época cardenista rodean a la presidencia.

La destrucción de los imperios sindicales de Joaquín Hernández Galicia en la industria petrolera, el de Carlos Jonguitud en la organización magisterial o el de Napoleón Gómez Sada en la actividad minera, han ganado popularidad a la

DE LA PALACIO

presidencia a la vez que han sellado la suerte de lo que hasta hace poco era el centro inmovible del Partido del Estado: las corporaciones sindicales.

★

Pero los golpes de la presidencia no se limitan al sindicalismo, supuesto obstáculo a la modernización económica, sino directamente al PRI. Al designar personal y casi públicamente a quién sería el candidato del PRI a la gubernatura de Baja California para luego aceptar de manera inapelable su derrota a manos del PAN, el Presidente Carlos Salinas ha pasado a la historia no sólo como el primero que acepta sin reparo convivir con un gobernador opositor, sino también como el primero que decide quitar a su partido, porque así conviene a la presidencia, uno de los elementos centrales de su cohesión: la seguridad anticipada del triunfo en las urnas.

Perdida la centralidad de los sindicatos y de todo el esquema corporativo del PRI —la CNC y la CNOP ya no son ni sombra de lo que fueron—, y perdida también la certeza del triunfo que desde 1929 y hasta ahora era uno de los derechos de todo aquel que lograba ser candidato del partido del Estado, este partido y cada uno de sus aparatos se encuentran desmoralizados, sin brújula y camino de la obsolescencia. Hasta aquí santo y bueno. Pocos fuera del PRI pueden llorar por la pérdida de su monopolio del poder, por la destitución de un gobernador incapaz de estar a la altura de las circunstancias, o por la pérdida de poder de líderes sindicales vanales, pero hay algo más. Mal que bien, el PRM y después el PRI fueron, con todo y su corrupción, una base social amplia y efectiva para la

presidencia. El vacío que deja el viejo partido-aplanadora ¿quién lo va a ocupar?

A la pregunta que cierra el párrafo anterior se puede contestar que, después de todo, las bases sociales de la presidencia que están desapareciendo pueden ser sustituidas por otras. Para empezar, ahí está la propia burocracia y el ejército. Sin embargo, esta burocracia, además de no tener ya los recursos ni el proyecto del pasado —cuando su presencia y acción buscaba penetrar a prácticamente todas las estructuras sociales—, no es particularmente representativa de la sociedad a la que gobierna sino todo lo contrario; y sospecho que con el paso del tiempo el elitismo actual de la clase administradora —los neocientíficos— se va a acentuar. Sin embargo, se puede argumentar al lado de la burocracia, y apoyándola y ampliando su acción, están las organizaciones formales e informales del gran capital nacional y extranjero. Se trata, en efecto, de una fuerza nada desdeñable. Pero el empresario tiene el dinero mas no los números, la democracia moderna que se supone de esa construir el grupo de jóvenes en el poder necesita, además del apoyo del capital, el de las masas, al menos de una parte de ellas.

★

El presidente puede, desde luego, tratar de construir una liga directa con la multitud de gobernados, pero difícilmente esa posibilidad no puede tener la solidez del arreglo corporativo anterior, y además requiere de una gran dosis de legitimidad y de carisma, mucho más de la disponible en este momento. Supongamos de todas maneras, aunque sin con-

factores en contra, el llamado presidencial a establecer la relación directa con las masas. encuentra eco gracias a que se reanuda pronto y con vigor el proceso de crecimiento económico. Bueno, pues resulta que la utilidad de este tipo de respuesta para un proyecto democrático es muy limitada. La democracia necesita descansar en algo más sólido y estable que en la persona del presidente o incluso de la institución presidencial y su burocracia: necesita de estructuras permanentes, con una buena dosis de representatividad social, legitimidad y autonomía, que hagan la liga sistemática y real entre el presidente y la sociedad. Estructuras heterogéneas que transmitan demandas y den apoyo sustantivo. Históricamente, toda liga sociedad-líder que no es mediada por instituciones capaces de limitar y controlar esa relación, corre el riesgo de dejar a las masas atomizadas y a merced del líder poderoso, y no puede ser ese el destino del cambio político mexicano.

Todo lleva a suponer que, en el corto plazo, el proyecto gubernamental consiste en continuar buscando una actitud positiva de la opinión pública con respecto a la presidencia, al presidente y su política mediante nuevas acciones espectaculares contra reales o supuestos culpables de algunos de los males públicos que nos aquejan, sin importar que en el proceso queden irremediables dañadas las viejas redes de comunicación entre el presidente y la sociedad —las priistas—, pues después de todo esas redes ya se encuentran muy des-

prestigiadas a los ojos de la mayoría ciudadana. Se trata de una política que, en su esencia, ya había sido planteada y recomendada por Maquiavelo al Príncipe: poner en algunos colaboradores despreciados por el pueblo el peso de la culpa que se quiera expiar, castigarlos de manera ejemplar y limpiar así de impureza la relación entre el Príncipe y su pueblo. Es una política dura pero probablemente eficaz para ganar tiempo.

★

Supongamos que la estrategia anterior funciona, aún así el problema de largo plazo no está resuelto. El presidente y su grupo —que obviamente desean retener el poder más allá de 1994— requieren de una solución de fondo a la soledad y aislamiento estructural de la presidencia. Y la única solución viable y compatible con la supuesta modernidad y democracia que se busca, es la creación de un nuevo partido del gobierno.

¿Puede el grupo que hoy ejerce el poder crear el partido que necesita? Ese es un tema muy complicado y que se sale de los marcos de este ensayo, pero lo que sí se puede asegurar es que existe la necesidad de evitar que la presidencia funcione en un vacío social. La presidencia mexicana, sea quien sea su ocupante, no puede evitar la necesidad de una base social organizada que acepte y apoye su programa, pues de lo contrario la soledad en la que caería podría desembocar en un autoritarismo burocrático que, a final de cuentas sería un error histórico, entre otras cosas, por inviable.